SE SUSCRIBE
en Cartagena despacho de D. Liberato Mentelis. Provincias, corresponsales de la Sociedad.

EL ECO DE CARTAGENA.

PRECIOS.
Cartagena un mes 2 pts trimestre 6 id. Provincias 7'50. Anuncios y comunicados precios convencionales.

AÑO XVII.—NÚM. 5254. 7 DE DICIEMBRE DE 1878. REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 7 de Diciembre de 1878.

MURCIA Y CARTAGENA.

(Continuacion.)

Doy punto por hoy á la cuestion de obispado que dejé pendiente en mi último artículo. Tómese lo que sobre este punto llevo dicho como el prólogo ó introduccion de lo mucho que aun me queda por decir, lo cual difiero para despues que haya satisfecho á mi ilustrado contrincante, en las diferentes citas á que me llama, que son tantas que no sé por donde empezar; ni, por otra parte, acierto el modo de ser concreto; por que la verdad es que cada una de sus palabras, ya pretenden revestirse con la severidad histórica; ya vayan impregnadas de ese aticismo murciano de que nos habla el Sr. don L. Amoro en la última de sus «Cartas de Murcia,» es un punto discutible que hacen necesarias estensas réplicas.

Una de esas citas, acaso la más importante por ser el tronco ó raiz de que se sustentan unas tras otras, en encadenamiento de vida, las de capitalidad, obispado etc., es la pretendida antigüedad de Murcia.

Yo creia que el Sr. Tornel, cimiendo esto á lo que es evidente é indiscutible en buena historia, despues de lo que tengo manifestado, habria dirigido sus esfuerzos á otra parte, pero dejos de sello, firme en sus propósitos se viene con la siguiente proposicion.

La poblacion del valle del Segura es notablemente anterior á la fundacion de Cartagena y como probaba, añade, que la *Bastitania*, aquella comarca primitiva, cuyos habitantes vivian de la riqueza natural de la tierra, y en cuyos cultos tributaban las imágenes de Céres y Baco, están demandando para este valle una poblacion cualquiera.

Atrevido me parece el argumento, no teniendo para su desarrollo otro campo de accion que el de un juicio prudencial, donde todo es vago, arbitrario é insostenible.

La Bastitania, siguiendo la tradicion admitida por los historiadores, es ciertamente una de las comarcas de la España primitiva que dió asiento á una parte de los inmigrantes de Senaar, que desde entonces tomaron el nombre de iberos. Tubal su jefe ó patriarca, se cuenta que pasó el Estrecho por un itsmo que en aquella época unia á la Europa con el Africa; y habiendo dejado en las costas de la Bética á su sobrino Tarsis, continuó llevando su gente por toda *la orilla del Mediterráneo* hasta la Galia Narbonense. Así lo dicen Josefo, San Gerónimo y San Isidoro. Tambien se dice, hablando de la España en general, que en la espesura de sus bosques se abrigaban los osos y javalies y otros animales salvajes. Estrabon escribe que en sus entrañas habia más riquezas que pudo poseer el mismo dios de ellas. Tesoro de Pluton la llaman unos; otros cuentan que cuando los fenicios llegaron á sus costas, hallaron á sus naturales tan ricos de oro y plata que hasta las áncoras de sus naves, despues de haber cargado estas, las hicieron de plata. Las ciudades se edificaban generalmente en las *alturas*.

Avieno, describiendo en su *Oro marítimo* las costas é islas de la España oriental (que es por donde cae la Bastitania, cuya cabecera, era Baza) habla de una playa arenosa y de una isla que, segun Masdeu conviene á la Escombraria que está frente á la boca del puerto de Cartagena. Despues, continúa haciéndolo del resto del continente, cuyas costas en general las considera como moradas de iberos, y dice que estos ejerciau su dominacion á lo largo del mar interior hasta los Pirineos.

Sentados estos precedentes, entremos á analizar.

Lo primero que se echa de ver en ellos es, que el camino que siguieron los *thobelianos* al penetrar en España fué *todo litoral*; despues que no se contentaban á vivir solo de los productos de la tierra, si no que en ellos se habia despertado ya el instinto de atesorar. Hemos visto tambien su costumbre de edificar en las alturas, en las faldas de las montañas cuando más al pié de ellas, cual demuestran los pueblos que aun existen de origen bastiteno.

Haciendo ahora aplicacion práctica de estos principios tendremos, que el sitio que hoy ocupa Murcia no debia ser el más á propósito para sustentar la choza que el Sr. Tornel se ha pintado en su poética imaginacion. Yo me figuro el valle del Segura en su estado de naturaleza, como un bosque donde no dejarian de cobijarse, sino osos y javalies, otra clase de alimañas que harian imposible allí agrupacion alguna humana. Esfuerza por otro lado la conclusion de este argumento las inundaciones por desbordamiento del rio, no teniendo más cauce que su lecho y corriente natural. El que ántes de levantar el Staderis *murus* para sujetarle, hubiera ya partidores de riego nada viene á probar en contrario, porque fuera absurdo suponer en los primitivos iberos tales conocimientos de la hidráulica en la infancia de su inteligencia. Semejantes obras debemos mirarlas como producto de otra civilizacion más moderna, más inteligente, más artista, que no puede ser otra que la misma que levantó aquel gigante muro de contencion.

Con mayor razon puede llevar Cartagena sus pretensiones de antigüedad á aquellos remotos tiempos por ser puerto del Mediterráneo, y puerto de sus condiciones, por cuya orilla hemos visto derramarse á la raza thobelian; por que ¿de dónde más que de sus montañas pudiera salir la plata para las áncoras de los fenicios? ¿dónde con más verdad el *tesoro* de *Pluton*? Por otra parte ¿qué más natural que aquellas gentes, atraidas por tales incentivos, buscasen asiento en sus empinadas cumbres, allí sobre sus tesoros; teniendo á sus piés el mar brindándole abundantemente con lo regalado de sus especies, mucho más apetecibles que el cenceño pan de bellota que, segun Estrabon, constituia la parte más principal de su frugal alimento?

Ya vé el Sr. Tornel, como racionalmente pensando, la choza que pretende para la cuna de su Murcia tuvo su mejor y más cómodo asiento entre estas breñas. Y de todos modos; yo quiero suponer que Murcia deba tambien su orígen á la misma primitiva raza; si como se asegura, y así induce á creerlo razones de un órden natural, aquella comenzó á estenderse por la orilla del Mediterráneo, un dia que los nuevos pobladores tardaran en internarse por esta parte, ese solo dia bastaria para legitimar y hacer buenos nuestro fueros de prioridad

Pero salgamos de esta época de tinieblas donde todo es vaguedad é incertidumbre, y donde tantas reputaciones históricas se han perdido por querer penetrar sus misterios; déjese mi amigo de querer contorniear en las sombras; vengamos á los albores de la Historia.

Habiase cumplido el tiempo de las promesas de Dios, hechas al Patriarca Abrahan para que su posteridad entrase en el goce de la tierra de promision. Josué á la cabeza del pueblo escogido le introduce en ella, y los Fenicios, obligados á abandonar su patria y sus hogares vuelven los ojos al Africa y á aquella parte de Europa donde Hércules habia levantado sus columnas y fijado límites al mundo. En esta estremidad de España es donde fijaron sus primeros establecimientos los descendientes de Cananan, mil y quinientos años ántes de la venida de Jesucristo.

Sentado este principio histórico, ocioso pareceria si nos diéramos á esplicar la manera como fueron ensanchando la esfera de su accion comercial y sus pretensiones de dominio, hasta el punto de enseñorearse del país que les habia admitido como amigos: esto todo el mundo lo sabe; basta á mi intento verlos establecidos en esta parte del Mediterráneo desde Calpe á Cartagena.

El señor Tornel confiesa, como no puede por menos, que Cartagena fué uno de los puertos habilitados de comercio fenicio; solo que la presenta como hija de los mercaderes, de los explotadores del mundo, cuyo ser dice, recibió del amor púnico. Sea así si le place; de todos modos hemos de ver siempre subsistente en nuestro favor el principio controvertido. ¿Y es posible, dice, no concebir que aquellos merodeadores hubiesen fijado su planta en esta parte de España, si no hubiesen visto más riqueza, que la que ostentaban las lomas áridas de aquellos contornos, (Cartagena) cubiertas de abrasados espartos? Si señor, contesto yo. Y añado: como aquella gente tenia buen olfato, debió llegarles en seguida el aromático perfume del valle del Segura. En esto mismo confiesa, acaso sin quererlo el señor Tornel, de que Murcia no existia, y esto es lo que interesa no olvidar.

Yo no sé hasta donde podria alcanzar el olfato de los fenicios, si la trascendencia de las áuras del vecino valle; pero acorde mi opinion en este punto á la de un ilustrado escritor, que si no es murciano le falta poco, allí donde dice... comprendiéndose que Murcia no pudo tener en el sitio actual poblacion alguna, pues debiera ser la vega de un rio un fértil bosque virgen, acaso *malsano*, en que no se conocieron las colonias helénicas.

Aquí viene abajo toda la obra artificiosa del Sr. Tornel y sus pintorescas perspectivas; aquellas derramadas como la nubecilla en el horizonte las imágenes de Céres y de Baco con sus cultos y sus pretendidos adoradores los iberos. Todavía el Olimpo no habia dado sus dioses á la Grecia; el ibero adoraba por naturaleza y adoraba á un Dios desconocido ó sin nombre, *ignoto Deo*.

De todos modos, la verdad es, y de ella debe estar penetrado el señor Tornel, que los fenicios, esencialmente comerciantes y por instinto avaros de oro y de riqueza no debieron buscar vergeles ni perfumes para redimirse en la voluptuosidad y en la molicie, cualidades que no se amoldan á la índole de una raza de suyo activa y emprendedora; y de ello tenemos la mejor prueba en haber elegido á Cádiz para centro y emporio de su comercio: tierra no menos árida que lo era en aquellos tiempos Cartagena.

Bajo este punto de vista se me ocurre preguntar: ¿qué es lo que pudieran ofrecerles las vírgenes riberas del Segura á su comercial interés? ¿La naranja? todavía no fructificaba en la Europa este preciado arbusto de la India; ¿el pimiento? tampoco los trópicos nos habian dado los gérmenes de esta planta; ¿la seda? ni el